

# La gracia, la fe y las obras

---

## Introducción

Habríamos podido presentar el gran tema de la gracia de Dios después de los estudios sobre la Deidad, pero, desde el punto de vista docente, es preferible notar el contraste entre la gracia y la ley, con el que se relaciona estrechamente aquel otro gran contraste paulino: la fe y las obras. La importancia doctrinal de estos temas y contrastes es enorme, y fallos de comprensión (o la falta de fidelidad a la palabra), en esta parte han dado lugar a los funestos errores de las “*religiones de obras*” y la salvación por medio de ritos y sacramentos. Con las necesarias salvedades, podemos decir que Pablo fue inspirado a redactar las epístolas a los Gálatas y a los Romanos con el fin de dejar sentados de una vez para siempre el significado de los conceptos pareados de la gracia y la ley, de la fe y las obras, y del Espíritu y la carne.

## Definición de la “gracia”

Normalmente el significado de un término en el Nuevo Testamento ha de determinarse por su uso en el griego helenístico del primer siglo, y luego iluminarse por referencias al mismo concepto, o a otros análogos, en el Antiguo Testamento. Con todo, la plenitud de la revelación de Dios en el Nuevo Testamento es tal que a menudo un término adquiere en ella un sentido que rebasa ampliamente las expresiones anteriores, de la forma en que un roble robusto supera la bellota de la cual surgió. Tenemos que llegar a la debida comprensión de la gracia divina, no tanto por considerar el significado de las voces hebreas y griegas, sino por estudiar los contextos donde se hallan, viendo la “gracia obrando” a través de todas las Escrituras, y en especial en la plenitud del Evangelio.

En el Antiguo Testamento la voz hebrea “*chen*” indicaba el favor que una persona podía recibir de sus superiores, y así José “*halló gracia*” en los ojos de Potifar (**Gn 39:4**), como también Rut delante de Booz (**Rt 2:10**). Abundan otros casos de “*hallar gracia*”, pero quizá ninguno nos prepara mejor para comprender la gracia divina que el amable favor que Booz dispensó a Rut. La misma voz “*chen*” se empleaba también para señalar el “*atractivo*” que una persona poseyera a la vista de otras, diciéndose del Rey: “*Más hermoso eres que los hijos de los hombres; la gracia es derramada en tus labios*” (**Sal 45:2**), y en (**Sal 84:11**) es Dios quien da “*gracia y gloria*” a sus escogidos.

Con todo, la mera palabra no hace más que apuntar en la dirección del concepto cabal, y hemos de considerar más abajo las manifestaciones de la gracia de Dios en el Antiguo Testamento para completar las enseñanzas sobre este tema que podemos sacar del régimen preparatorio.

En el Nuevo Testamento la voz griega es “*châris*”, que, en su uso humano, significaba “*agradecimiento*”, “*atractivo*”, “*favor*”, “*un don*”, “*un beneficio*”, etc. El verbo correspondiente era “*châiro*”, que se traduce “*gozarse*”, empleándose también como un saludo: “*Pasadlo favorablemente*”. Cuando indica, como “*chen*” en el Antiguo Testamento, el favor que podría dispensar un potentado a quien le presentaba alguna súplica, nos acercamos más el sentido que se eleva a sublimes alturas de “*la gracia divina*”.

Se suele definir la “*gracia*” como “*el favor inmerecido de Dios*”, que, desde luego, es correcto hasta donde llega, pero no es adecuado a la sublimidad del concepto. La “*gracia*” se presenta en las Escrituras, no sólo como un favor, sino también como una potencia,

llegando a ser *“Dios obrando libre y poderosamente en bien de los hombres que nada merecen, al solo impulso de su amor”*. Acordémonos de que se trata de la gracia del Dios omnipotente, soberano y todo sabio, y que pone en movimiento todos los recursos de su Ser para la consecución del plan de la redención, desde el designio eterno del Trino Dios en orden al hombre, hasta la consumación de la Nueva Creación, hallando su máxima expresión en el don de su Hijo. Tal gracia nace del hecho fundamental del ser de Dios: Dios es amor.

## La manifestación de la gracia en el Antiguo Testamento

*En el Edén.* Por su desobediencia, el hombre rompió su relación esencial con Dios, ya que había sido creado a su imagen y semejanza para adorarle y servirle. En las profundas palabras de **(Gn 3:8-24)**, vemos que el hombre caído se esconde de la presencia de Dios, pero que éste le busca, y, al par que analiza y juzga el pecado, le viste de las pieles de una víctima sacrificada, y promete la victoria final sobre el enemigo, causa de tanta ruina, por medio de la Simiente de la mujer. He aquí la gracia en manifestación inmediatamente después de la Caída.

*En la promesa a Abraham.* Los capítulos 12 a 22 de Génesis relatan el llamamiento de Abraham, encerrando la promesa de **(Gn 12:1-3)** la historia condensada de la redención de la raza. Más tarde, según vemos en el capítulo 15, Dios, de su propia iniciativa, sin más condiciones que la necesaria actitud de sumisión y fe de parte de Abraham, confirma la promesa con un pacto unilateral. Al escribir a los gálatas, Pablo insistió en que este pacto, sellado cuatro siglos antes de la Ley, y recogido y confirmado en Cristo, era de validez perpetua **(Ga 3:15-18)**. Es una manifestación de gracia, y cuando los israelitas se veían bajo los juicios de Dios por haber quebrantado el pacto condicional y legal de Sinaí, recurrían al pacto de gracia que Dios otorgó al padre de la raza **(Ex 32:13) (Dt 9:27) (2 R 13:23)**.

*En los sacrificios.* El simbolismo de los sacrificios de sangre señalaba de un modo provisional que el pecador podía acercarse a Dios, viendo la sangre de la víctima correr en su favor, *“y le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido, y le será perdonado”* **(Lv 3:35)**. Desde luego, la base era la obra de la Cruz que después había de consumarse.

*En la historia de Israel.* En ningún caso pudo Dios obrar a favor de su pueblo como recompensa por haber cumplido ellos la Ley de una forma perfecta, bien que las reformas preconizadas por los profetas y llevadas a cabo por ciertos líderes y reyes, mostrando el deseo de buscar al Señor, podían ser bendecidas. La intervención típica de Dios a favor de Israel es la del Éxodo, que es una obra de pura gracia, comenzada y llevada gloriosamente a cabo por la iniciativa y la potencia de Jehová, con miras a su pacto con Abraham, y para la bendición de un pueblo muy flojo y contradictor **(Ex 3:6-20) (Ex 14:30-15:21)**.

*En la vida de los fieles.* La prominencia que se da al régimen disciplinario de la Ley en el Antiguo Testamento tiende a velar la gran verdad que el justo vivía por la fe, y que la fe dependía de la gracia de Dios. Los humildes y fieles en Israel disponían sus corazones a la obediencia de cuanto Dios había mandado, pero sabían perfectamente que no les era posible cumplir la Ley en su sentido esencial, y, confesando su pecado, buscaban el perdón en la gracia de Dios, según exclama David: *“Bienaventurado aquel cuyas iniquidades son perdonadas y borrados sus pecados”* **(Sal 32:1-2)**.

La gracia no resplandecía en la plenitud de su gloria antes del advenimiento de Cristo a causa de las exigencias del régimen preparatorio, pero siempre fue, es y será la base de toda bendición del hombre.

## La manifestación de la gracia en el Nuevo Testamento

*En la Persona de Cristo.* El Verbo eterno hecho carne era “*lleno de gracia y de verdad*”, y en él la gracia de Dios tomó cuerpo y se manifestó en gloriosa plenitud, operando no sólo desde el Cielo, sino aquí en la tierra por medio del Dios-Hombre. Con su advenimiento se inició una nueva época de “*cumplimiento*”, que por antonomasia es el “*día de la gracia*”, según la declaración del Apóstol Juan: “*Y de su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia; porque la ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad llegaron a ser por medio de Jesucristo*” (Jn 1:17-18). No es posible distinguir entre la gracia de Dios Padre y la del Hijo, quien es el ejemplo vivido y perfecto del sacrificio a favor de otros por el puro impulso del amor: “*Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza, fueseis enriquecidos*” (2 Co 8:9). La gracia divina es del Trino Dios, hallando su fuente en el Padre, su operación objetiva en el Hijo, y su aplicación interna por medio del Espíritu Santo.

*En la Cruz, la Resurrección y el Descenso del Espíritu Santo.* La gracia de Dios es cual un río caudaloso, cuyas aguas de bendición bastan y sobran para todo lo creado; pero Dios ha de ser fiel a sí mismo, de modo que la gracia no podía fluir libremente aparte de la propiciación que satisficiera las demandas de su justicia. La propiciación en sí es la obra maestra de la gracia, ya que Dios provee a un coste infinito lo que su justicia demandaba (Ro 3:24-25). La resurrección es la gracia triunfante, y la “*plenitud*” del Señor se derrama en grata abundancia al presentarse a los suyos durante los cuarenta días. El descenso del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés es la culminación de la obra de redención, y se llama “*Espíritu de gracia*” en (He 10:29), y es él quien sella la obra de gracia en el corazón de cada creyente (Ef 1:13-14).

## El alcance de la gracia

### I. En la obra total de Dios

La definición de la gracia que hemos adelantado se confirma por pasajes como (Tit 2:11-14), donde el Apóstol declara que la gracia trae salvación (potencialmente) a todos los hombres, que nos enseña cómo hemos de conducirnos en piedad, y que aviva en nosotros la esperanza de la venida del “*gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*”, siendo éste quien se dio a sí mismo para nuestra redención y la preparación de “*un pueblo propio*”. En (2 Ti 1:9-10) nuestra salvación y vocación arrancan no de nuestras obras, sino “*del intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, mas ahora es revelada por la manifestación de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio*” (Tit 3:4-7).

En el importante contraste entre el primer Adán y Cristo en (Ro 5:12-21), el reinado de la muerte a causa de la transgresión se vence por “*el don de la gracia*” que introduce un hermoso “*reinado de la gracia*” que “*abunda*” por medio de Jesucristo. El creyente, pues, no se halla más bajo la ley, sino “*bajo la gracia*”, que es un régimen de potencia y de victoria, ya que Dios obra libremente en él por medio de la obra de la cruz y el don del Espíritu (Ro 6:8-15).

La gracia que se ve en operación “antes de los tiempos de los siglos” en (2 Ti 1:9-10), estará en plena manifestación en los siglos venideros, ya que Pablo escribe: “(Dios) nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2:6-7).

## 2. En el caso del peor de los pecadores

El alcance de la gracia no ha de medirse únicamente por su extensión, que abarca todo el curso de los siglos, sino también por su profundidad, ya que su benéfica mano puede y quiere asirse de cualquier pecador que esté fuera del infierno, salvándole y haciéndole hijo de Dios. Es evidente que Pablo no pudo librarse nunca de los terribles recuerdos de su feroz persecución de los santos antes de su conversión, pero saca cierto consuelo de la tragedia de “Saulo de Tarso” al pensar que Dios le había puesto por ejemplo de las riquezas de la gracia divina, demostrando que el pecador más alejado de Dios por su pecado y rebeldía podía ser salvo por la obra de Cristo, si quería humillarse y creer: “La gracia de nuestro Señor fue más abundante... Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero... para ejemplo de los que habían de creer en él para vida eterna” (1 Ti 1:12-16). La conversión del ladrón moribundo nos provee de otro ejemplo dramático del alcance de la gracia que echó mano a un criminal, desprovisto de todo mérito de religión o de obra, en el mismo umbral de la muerte.

## La gracia es la única fuente de la salvación

“Porque por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef 2:8) (Tit 3:4-5). Toda doctrina que quisiera mezclar algún mérito humano, basado en pretendidas “buenas obras”, o en la virtud mágica de cualquier rito exterior, eclesiástico, sacramental o sacerdotal, es falsa en sí, pone en peligro a las almas y deshonor a Dios. Por ser la gracia nada menos que Dios en su actividad salvadora, no hay necesidad ni posibilidad de añadir nada a lo que efectúa, siendo ella misma la fuerza motriz de todo bien. Veremos en otro estudio la inmensa importancia de obras espirituales, fruto de la gracia, en la vida de los salvos, pero nadie (si quiere ser fiel a la Palabra) puede confundir los frutos del Espíritu en la vida del hijo de Dios con los vanos y míseros intentos del hombre sin regenerar para congraciarse con Dios. Veremos que la función de la Ley es precisamente la de abatir toda confianza humana, para que dependamos únicamente en la gracia de Dios, y que a la “sola gracia” de parte de Dios ha de corresponder la “sola fe” de parte del hombre.

## El suministro constante de la gracia

La nueva vida que surge de la gracia ha de mantenerse por la gracia. En otras palabras, las potentes operaciones de Dios a nuestro favor son necesarias para toda faceta de nuestra vida cristiana. Por eso Pablo suele añadir a sus saluciones a las iglesias la oración: “Gracia y paz tengáis de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Ro 1:7). La bendición que da fin a la segunda carta a los Corintios: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la participación del Espíritu Santo sea con vosotros todos”, no es una mera fórmula de despedida, sino señala la gloriosa posibilidad de que las santas energías del Trino Dios informen todas las partes de nuestro ser “para colmar todo propósito de bondad y toda obra de fe con poder” (2 Ts 1:11-12). La sesión del Señor resucitado a la diestra de Dios para el ejercicio de su sacerdocio real y eterno se relaciona expresamente con el suministro constante de la gracia divina a favor de los santos, y en vista de su preparación y su obra se adelanta esta exhortación: “Lleguémonos, pues,

*confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He 4:16).* La gracia que sacará a luz el nuevo universo es la misma gracia que suministra el “oportuno socorro” que remedia nuestro dolor y soluciona los problemas diarios (2 Co 12:9).

## Notas adicionales

“*Los medios de gracia*”. Esta conocida frase no es bíblica en su forma, pero sí en su significado esencial, ya que Dios ha provisto “*medios*”, como son la oración individual y colectiva, la comunión de los santos, la lectura y meditación de las Escrituras, el partimiento del pan, que traen bendición al corazón del creyente por la potencia del Espíritu Santo, y no pueden descuidarse sin grave peligro de dificultar la operación de la gracia de Dios en nosotros.

“*La gracia irresistible*”. Es un término teológico y no bíblico.

## La fe y las obras

Dentro de la esfera del cristianismo, todos los enseñadores, por distintas que sean sus tendencias doctrinales, hacen constar que la salvación del hombre, en último término, procede de Dios; pero las diferentes escuelas distan mucho de estar de acuerdo cuando se trata de explicar la manera en que el hombre puede recibir el don de Dios. Quienes siguen las pisadas de San Agustín y de Calvino ponen tal énfasis sobre la gracia soberana de Dios que desaparece el libre albedrío en el hombre caído, convirtiéndose en “*arbitrio esclavizado*”. Con toda razón bíblica insisten en la nulidad de las obras y de los esfuerzos del pecador cuando se trata de su salvación, pero pasan más allá de lo que autoriza la totalidad de la Palabra al limitar la respuesta afirmativa de quienes escuchan el Evangelio a los elegidos individualmente por Dios desde la Eternidad, siendo los demás igualmente predestinados a la perdición.

Los “*arminianos*” (entre los cuales se hallaban los hermanos Wesley) declaran igualmente que la salvación procede únicamente de la gracia de Dios en Cristo, pero echan la obligación de responder al Evangelio sobre el hombre que lo escucha, como ser moralmente responsable aún en su estado caído.

Pelagio, contemporáneo y contrincante de San Agustín (fin del siglo IV y principios del V), enseñaba que no se transmite el pecado de Adán a sus descendientes, de modo que cada niño aprende a pecar por el mal ejemplo, siendo el hombre capaz de no pecar y de acumular obras meritorias para la salvación. La teología de la Iglesia de Roma ha evolucionado en un sentido semipelagiano, ya que declara (fijándose estas doctrinas en el Concilio de Trento) que el bautismo anula el pecado original, regenerando el sujeto, quien halla su salvación en la Iglesia que administra el valor de la obra de Cristo por medio de los diferentes sacramentos. Según estas doctrinas la gracia de Dios no es incompatible con obras meritorias, señalándose también el valor de las penitencias; esta idea de la purgación de los pecados por medio de los sufrimientos llega hasta el concepto de un purgatorio más allá de la muerte.

Si el estudiante ha comprendido la supremacía de la gracia que se ha señalado en los estudios anteriores, comprenderá que las obras humanas no pueden añadir nada a sus potentes operaciones, y que al hombre no le corresponde otra cosa sino responder con fe sumisa a la obra de Dios en Cristo. Creemos que el calvinista tiene mucha razón al declarar que el hombre natural es totalmente incapaz de salvarse a sí mismo, o de presentar obra alguna que no esté viciada por la mancha del pecado, o de adelantar un

solo paso hacia Dios por sus propias fuerzas, necesitando las operaciones del Espíritu Santo para ser convencido del pecado, para arrepentirse de su mal, y para ejercer la fe. Con todo, según el intento del Evangelio, puede acudir al llamamiento o rehusar de acudir; puede dejar que los suaves impulsos del Espíritu le lleven al Salvador, o endurecerse contra ellos. En todo el proceso, y en todos los aspectos del proceso, necesita el auxilio de la gracia salvadora, pero queda con esta última responsabilidad: de “dejarse salvar” o de rechazar la salvación. Intentando dar el sentido del griego, traducimos así las declaraciones de **(Ef 2:8-9)**: *“Por la gracia habéis sido salvos, por medio de la fe; y esto (todo el proceso) no es producto de lo que hay dentro de vosotros; es don gratuito de Dios, y no es producto de vuestras obras, para que nadie se gloríe”*.

## Definición de las obras

Toda actividad del hombre que tiende a efectuar algún fin es una “obra”, y el obrar es propio del hombre hecho a imagen y semejanza del Creador. No hay nada en las Escrituras que indique que el hombre debiera sumirse en la pasividad de un “nirvana”, pues está facultado para “producir efectos” en relación con la obra total de Dios. Cuando la Biblia recalca la nulidad y la ineficacia de las obras humanas, se refiere a las del hombre caído al intentar congraciarse con Dios para ganar su propia salvación, o, por lo menos, coadyuvar a la consecución de su propia salvación. Desde luego se efectúan también obras malas por inspiración satánica (véase abajo), que manifiestan la rebeldía del hombre en contra de su Dios, y, lejos de carecer de importancia las “obras”, la Palabra declara una y otra vez que *“Dios pagará a cada uno conforme a sus obras”*, y que las sentencias del Gran Trono Blanco se aplicarán según *“las cosas que se hallan escritas en los libros”*, *“según las obras”* de cada cual **(Ro 2:6) (Ap 20:11-12)**.

1. *Obras muertas*. En **(He 9:14)**, y con referencia a las lecciones del ritual levítico, que destacaba la estrecha relación que existe entre el pecado y la muerte, se califica a toda obra realizada por hombres pecadores como “obras muertas”, por ser efectuadas en la esfera del pecado y de la muerte. Para que la conciencia del pecador pueda quedar tranquila, necesita ver la eficacia de la “Sangre” del Sacrificio por el pecado. Deducimos que toda obra de hombre pecador *“huele a muerte”* y no sirve para conseguir la vida.

2. *Obras de la carne*. Naturalmente la palabra “carne” se usa muchas veces en su sentido literal, denotando la “sustancia del cuerpo” y, por extensión, el “hombre” o la “humanidad”. Pero el sentido “figurado” o “teológico” del término en el Nuevo Testamento puede expresarse como *“todo lo que hay en el hombre que surge de la Caída”*, hallándose todo ello en franca oposición a las operaciones del Espíritu de Dios. Las obras de la carne, por lo tanto, abarcan toda actividad del hombre natural, no sólo en sus desvaríos y crímenes, sino también en sus esfuerzos morales y religiosos. Pablo hace una lista de las obras de la carne que son “manifiestas” en **(Ga 5:19-21)**, incluyendo no sólo los resultados de la concupiscencia, sino también el fruto del egoísmo básico del hombre, como por ejemplo los *“celos, iras, contiendas, disensiones, herejías (o partidismos) y envidias”*. Más aún, al hacer referencia en **(Fil 3:3-9)** a su vida religiosa anterior a su conversión, incluye bajo el término de “carne” todos sus privilegios y esfuerzos como hebreo, ya que no procedían del Espíritu de Dios. Sin duda los buenos sentimientos y un espíritu religioso son superiores a los vicios y los crímenes dentro de la sociedad humana, y como miembros de comunidades en este suelo podemos agradecer todo esfuerzo para el bien común. Con todo, tratándose del hombre caído delante de su Dios y frente a la eternidad, las obras religiosas y morales pueden dar lugar al orgullo, y a la satisfacción propia, sumiendo al hacedor de ellas en el letargo de una falsa seguridad.

3. *Obras legales*. Los esfuerzos por cumplir la Ley con la idea de acumular méritos y establecer una “*justicia propia*” se llaman “*obras legales*” y se relacionan con las “*carnales*”. En Gálatas Pablo hace uso de la frase “*obras de la ley*” seis veces, hallándose tres de estas referencias en un solo versículo de su discurso al reprochar la inconsecuencia de Pedro en Antioquía: “*Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros (los judíos) también hemos creído en Jesucristo para que fuésemos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne (ningún ser humano) será justificado*” (**Ga 2:16**). El Apóstol sacrifica el estilo literario para reiterar la vanidad de las “*obras legales*”, que, en aquella ocasión, amenazaban los fundamentos del Evangelio. Termina su argumento con la penetrante declaración: “*Yo, por la ley, soy muerto a la ley, para vivir a Dios; con Cristo estoy juntamente crucificado...*”.

Recordamos la insistencia de la ley al exigir una obediencia total, sin la cual el hombre, por muchas obras legales que haya realizado, es infractor de la ley y está bajo la maldición. Por eso el Apóstol señala la absoluta incompatibilidad que existe entre quienes “*son de la ley*” (es decir, que esperan su bien por su intento de cumplir la ley) y aquellos otros, “*hijos de Abraham*”, que “*son de la fe*”, o sea, que esperan en Dios para recibir todo cuanto es imposible al esfuerzo humano. Las dos actitudes son totalmente opuestas, y en vano procuraremos mezclar las “*obras de la ley*” con el “*descanso de la fe*” (**Ga 3:9-14**) (**Tit 3:4-5**).

4. *Obras malas, o satánicas*. Al ganar su fatídica victoria sobre el primer hombre, Satanás pudo fundar la esfera de la “*carne*” dentro del hombre, y establecer su “*orden*”, que se llama “*mundo*”, en los asuntos generales de los hombres. Tiene, pues, “*base de operación*” tanto dentro de cada ser humano como en el conjunto de los asuntos de la raza. Sus súbditos obedecen en general sus indicaciones, siendo, frente a Dios “*enemigos de ánimo en malas obras*” (**Col 1:21**), bien que Dios no deja de obrar entre ellos por su gracia, por sus providencias y por las operaciones de su Espíritu. Al enseñar a los efesios la enorme distancia que separa el reino de la luz y el de las tinieblas, Pablo hizo mención de bastantes de estas “*malas obras*”, analizando el estado de quienes persisten en ellas. Son “*obras infructuosas de las tinieblas*”, en las que el creyente no ha de comunicar, sino es llamado más bien a reprenderlas.

El Maestro señaló claramente el origen de estas obras en sus pláticas frente a los judíos de Jerusalén, en el momento cuando algunos querían matarle: “*Vosotros hacéis las obras de vuestro padre*”, les dijo, aclarando luego que su “*padre*” era Satanás, de quien procedían el homicidio y la mentira (**Jn 8:39-44**). De forma parecida el apóstol Juan exhortaba a los creyentes que no fuesen “*como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas*” (**1 Jn 3:12**). Estas citas enfocan clara luz sobre la inspiración satánica detrás de las malas obras de los hombres, quienes se dejan llevar por el príncipe usurpador de este mundo (**Ef 2:1-3**).

Se ha notado ya que, por una metáfora muy natural, las malas obras son de las “*tinieblas*”, mientras que las espirituales son de la “*luz*”, diciendo el Señor: “*Todo aquel que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas que son hechas en Dios*”. Aquí se ve claramente que si bien las malas obras tienen su origen en el enemigo de la raza, las realmente buenas son hechas “*en Dios*”, o sea, según su voluntad y por la potencia de su Espíritu (**Jn 3:20-21**) (**Col 1:13**).

La obra más negra de todos los tiempos se atribuye directamente a la inspiración de Satanás: “*Y entró Satanás en Judas... y fue y habló con los príncipes de los sacerdotes...*”.

*cómo se lo entregaría...*” (Lc 22:3) (Jn 7:7) (Ro 13:12) (1 Jn 2:15-17) (1 Jn 3:8,12) (2 Jn 1:11).

5. *“Los que perseveran en bien hacer”*. No hemos de sacar de lo que antecede la conclusión de que toda *“obra buena”* en la sociedad y entre las gentes procede del diablo, a pesar de la manifiesta imperfección de todas ellas. En un notable pasaje (Ro 2:6-16) Pablo, al escudriñar el panorama general del mundo gentil, reprende a los moralistas que pretenden ser mejores que otros, declarando que Dios no hace acepción de personas, y que paga a cada uno conforme a sus obras. Él no hace caso de las filosofías ni de la ética de los hombres, sino que discierne los secretos del corazón, y sabe cuáles son las personas que *“perseverando en bien hacer buscan gloria y honra e inmortalidad”*, notando también a quienes, en su fuero íntimo, son contenciosos. Pablo no enseña que el alma se ha de salvar por su bien hacer, sino que reconoce que hay actitudes y obras que muestran un deseo en ciertos hombres de conocer a Dios y cumplir su voluntad, llevándoles a *“invocar el nombre del Señor”*, que haría posible su salvación por medio de Cristo. Fue conforme a este principio que el mensajero angelical pudo decir a Cornelio: *“Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios”*. Más tarde, y sacando las debidas consecuencias del trato de Dios con el pío centurión, Pedro declara: *“En verdad hallo que Dios no hace acepción de personas, sino que de cualquier nación el que le teme y obra justicia le es acepto”* (Hch 10:4,34,35).

## Las obras espirituales

1) *Son obras que surgen de la fe en la potencia del Espíritu Santo*. El Maestro mismo relacionó las obras que pueden ser aceptas delante de Dios con su Persona y con el principio de la fe. Los judíos de Galilea le habían preguntado: *“Qué haremos para que obremos las obras de Dios?”*, a lo que respondió Jesús: *“Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado”* (Jn 6:28-29). Los judíos se preocupaban constantemente por la cuestión de la naturaleza y medida de las obras que podrían agradar a Dios y procurarles la vida eterna, pero Cristo señaló la condición previa para todos: la *“obra”* de comprender su misión y confiar en su Persona.

Debido a la ignorancia de algunos y la mala intención de otros, se ha producido una gran confusión al hablar de buenas obras por no distinguir entre los míseros esfuerzos legales y religiosos de las almas sin regenerar, y las que surgen de la vida nueva del alma redimida por la potencia del Espíritu Santo. Ya hemos analizado aquéllas, viendo su inutilidad a la luz de la Palabra; en cambio, éstas constituyen el fruto necesario de la vida nueva, pues sin buenas obras no hay evidencia de que el alma haya aceptado la gran obra de redención en Cristo. El pasaje clásico que indica estas dos clases de obras es (Ef 2:4-10): *“Por gracia habéis sido salvos, por la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas”*. De igual forma (Tit 2:14) insiste en que Dios ha redimido para sí *“un pueblo propio, celoso de buenas obras”*, y si bien los gálatas tenían que dejar sus obras legales, al mismo tiempo fueron exhortados a *“hacer bien a todos, mayormente a los de la familia de la fe”* (Ga 6:9-10).

Estas enseñanzas apostólicas no hacen sino detallar más el principio que el Maestro recalcó en el Sermón del Monte: que el árbol se conoce por sus frutos, ya que la mera profesión de quienes le llaman *“Señor, Señor”* no basta como evidencia de la nueva vida (Mt 7:15-23).



He aquí la clave para entender la discutida exposición de Santiago sobre la *“justificación por las obras”* (**Stg 2:12-26**), que, lejos de contradecir la doctrina paulina de la *“justificación por la fe”*, no hace sino recalcar que una fe efectiva ha de producir necesariamente el fruto de las buenas obras, que son tanto su manifestación como su justificación: verdad que ya hemos notado también en los escritos de Pablo.

No hemos de confundir tampoco las exhortaciones a la obediencia que abundan en las epístolas con el legalismo de los preceptos legales. La fe en sí denota una actitud de sumisión, y se enlaza con la obediencia, pues el rebelde jamás puede rendirse al Señor en verdadera confianza. Somos llamados, pues, a obedecer, no ya como esclavos del sistema legal, sino por amor al Señor quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, gozándonos cual Pablo en ser *“esclavos de Jesucristo”*, ansiosos de conocer y cumplir su voluntad, pero conscientes que tal obediencia será una *“obra espiritual”*, efectuada únicamente por la potencia del Espíritu Santo en nosotros. *“Si me amáis, dice el Maestro, guardaréis mis mandamientos”* (**Jn 14:15**).

2. *Unas características de las obras de los hijos de Dios.* a) Son ordenadas por Dios en Cristo como parte del decreto eterno (**Ef 2:10**). b) Son propias del pueblo de Dios (**Tit 2:14**). c) Se contrastan con las *“obras de la carne”*, llamándose *“el fruto del Espíritu”* (**Ga 5:22-23**). d) Surgen de la obediencia a la *“ley de Cristo”*, que es la *“ley del amor”* (**Ga 6:1-2**) (**Jn 13:34**). e) Por medio de ellas los *“hijos”* manifiestan su semejanza a su Padre que está en los cielos (**Mt 5:44-48**). f) A pesar de la imperfección de toda cosa humana, es posible llamarlas *“obras buenas”*, ya que lo real y permanente en ellas se produce según la voluntad de Dios y por la potencia del Espíritu Santo (**1 Jn 2:17**) (**Ga 5:22-23**) (**Ga 6:8**). g) A pesar de la aparente contradicción, son *“obras de fe”*, ya que sólo la fe hace contacto con Dios (**Ga 5:6**) (**1 Ts 1:3**) (**2 Ts 1:11**). h) Son la prueba de la vida nueva y de la fe verdadera (**Stg 2:12-26**). i) Constituyen el testimonio y el adorno de los creyentes frente al mundo (**1 Ti 5:10**) (**1 Ti 6:18**) (**Tit 2:10**) (**Tit 3:14**). j) Como manifestaciones del servicio que el Señor encomienda a los suyos, estas *“obras hechas por medio del cuerpo”* serán *“manifestadas”* delante del Tribunal de Cristo y determinarán la recompensa y el servicio eternos de los siervos de Dios (**2 Co 5:10-11**) (**Lc 19:15-19**).

## La fe en el Nuevo Testamento

1. *Definición.* La palabra griega *“pistis”*, con el verbo correspondiente *“pisteuo”*, se hallan cerca de 500 veces en el Nuevo Testamento, lo que da la medida de la importancia del concepto que expresan. Antes de pasar al significado fundamental de la fe salvadora, podemos notar tres usos secundarios de *“pistis”* que también son importantes: a) La fidelidad, según su sentido en (**Ga 5:22**), donde se presenta como uno de los frutos del Espíritu, ya que el hijo de Dios ha de ser *“hombre de su palabra”*, y *“hombre de confianza”*, en contraste con el hombre natural que es fácilmente movido por los impulsos de la conveniencia egoísta: véase *“fidelidad”* en (**1 Ti 2:7**), y *“lealtad”* en (**Tit 2:10**). b) El conjunto de las doctrinas cristianas. A veces la fe tiene un sentido objetivo, refiriéndose al conjunto de las doctrinas apostólicas que el creyente ha de recibir y mantener. Así tenemos *“un Señor, una FE, un bautismo, etc.”*, prosiguiendo hacia la *“unidad de la FE”* (**Ef 4:5,13**), sin apartarnos jamás de la norma de *“la FE que ha sido dada una vez para siempre a los santos”* (**Jud 1:3**). Pablo empleó *“pistis”* muchas veces en este sentido en las epístolas pastorales, porque discernía ya en distintos lugares una desviación de la *“sana doctrina”* que había enseñado tan fielmente (**1 Ti 1:19**) (**1 Ti 3:9**) (**1 Ti 4:1**) (**1 Ti 6:10**). c) Un don especial de *“fe”* que se incluye entre los *“charismata”* concedidos por el Espíritu Santo, por medio del cual se realizaban obras notables (**1 Co 12:9**) (**1 Co 13:2**).

2. *La fe salvadora.* Aparte de los usos secundarios que hemos señalado, “*pistis*” en el Nuevo Testamento significa normal y típicamente la actitud de confianza por la que el hombre responde a la manifestación de la gracia de Dios en Cristo, siendo así el medio para recibir la justificación, con todo otro bien que procede de Dios. En esta fe salvadora, hemos de distinguir los elementos siguientes: a) Se asocia con el arrepentimiento, por la obvia razón de que si el hombre no llega a desesperarse de sí mismo, llegando a aborrecer el pecado y la carne, no se volverá hacia Dios en busca de la salvación (**Mr 1:15**) (**Hch 20:21**). b) Entran en ella elementos de inteligencia y de comprensión, puesto que “*la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios*” (**Ro 10:17**). No hemos de despreciar este factor inicial, de oír, comprender, y creer el mensaje, que se reconoce como “*palabra de Dios*”, pues sólo así podemos distinguir entre una verdadera fe y la mera credulidad, que, sin examinar la base de lo que se presenta, cree en los ídolos, en los “*santos*”, en cualquier milagro, en la Virgen. Pablo, en (**Ro 10:12-18**), recalca mucho la necesidad de la proclamación de la verdad de Dios, que ha de reconocerse como tal, siendo medio luego para que los hombres invoquen el Nombre del Señor para ser salvos. c) Entra también el elemento de la voluntad del hombre, sin excluir en esta fase el auxilio de la gracia de Dios, pues no basta que el hombre comprenda la verdad acerca de Cristo si no siente “*hambre y sed de justicia*” y el anhelo de ser salvo. El Maestro declaró que sólo aquel que quiere hacer la voluntad de Dios es capaz de distinguir la “*doctrina*”, y que el tesoro de la vida se halla por quien lo busca. La voluntad presta, unida a la comprensión del mensaje, lleva a aquel que busca a una decisión personal (**Mt 5:6**) (**Lc 11:9-10**) (**Lc 13:34**) (**Jn 5:40**) (**Jn 7:17,37-38**). d) La voluntad rendida conduce en seguida a la entrega total del hombre al Salvador, que es la esencia de la fe salvadora. En esta consumación de la fe se ha dejado atrás toda esperanza humana, de la forma que sea, y el pecador descansa sin reservas en un Salvador todo suficiente, cuya obra de redención se comprende como perfecta y única: base segurísima que aleja toda duda y todo temor. Tal fe establece una unión vital entre el Salvador y el alma rendida, que se halla desde entonces “*en Cristo*” según la frase predilecta de Pablo. Esta identificación es la base de las enseñanzas de Pablo en (**Ro 6**), según las cuales “*morimos*” con Cristo en su muerte, resucitando también con él para una vida nueva, teniendo nuestra parte en todo el significado de su Obra a los efectos de la justificación y la santificación. Por lo tanto, la doctrina de la “*justificación por la fe*” dista mucho de ser una “*ficción legal*”, toda vez que se basa en una verdad fundamental: nuestra unión vital y espiritual por la fe con quien “*murió al pecado una vez*” venciendo la muerte que se asocia con él, para “*vivir para Dios*” eternamente (**Ro 6:8-10**) (**He 7:25**).

Con el fin de comprender muchas de las solemnes exhortaciones del Nuevo Testamento hemos de recordar que es posible que una persona sea muy “*iluminada*”, muy “*convencida*” de la verdad del Evangelio, muy entusiasta al hablar del Mensaje, sin haber llegado jamás a la entrega de su ser al Salvador. Por eso Pablo exhorta a los miembros de una comunidad cristiana: “*Examinaos a vosotros mismos si estáis en fe; probaos a vosotros mismos*” (**2 Co 13:5**). De la esfera de la profesión cristiana salen los apóstatas, de los cuales el Señor dirá: “*Nunca os he conocido*” (**Mt 7:21-23**).

3. *La fe en la Epístola a los Hebreos.* Nuestra definición de la fe no sería completa sin una mención de las grandes declaraciones sobre ella que hallamos en (**He 11:1,3,6**): “*Es, pues, la fe la sustancia (realización) de cosas que se esperan, la demostración de cosas que no se ven... Por la fe entendemos haber sido constituidos los siglos (el universo) por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no ha sido hecho de cosas visibles... Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan*”. Después el autor inspirado presenta una serie de “*cuadros*” que retratan a varios hombres y mujeres fieles del Antiguo Testamento en momentos críticos de su vida, cuando, habiendo percibido la

visión celestial, echaron mano a las promesas de Dios, despreciando lo material y lo temporal con tal de proseguir hacia la meta que Dios les había propuesto: aquella *“ciudad que tiene los fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”* (He 11:10). No hay nada en estas definiciones que no concuerde con la definición de la fe salvadora que hemos adelantado, sino sólo un énfasis distinto que aplica el concepto a la vida de los fieles cuya comprensión de lo que Dios iba revelando fue tan completa que determinó todas sus decisiones y sus empresas durante su peregrinación aquí. Tal fe no existe aparte de la revelación que Dios da de sí mismo, a la que da sustancia, frente a los misterios de la creación, bajo las providencias de Dios, en el desarrollo de sus propósitos divinos, y también en cuanto a la esperanza del galardón eterno.

## La fe en el Antiguo Testamento

Acabamos de ver que el autor de la Epístola a los Hebreos busca sus ilustraciones de la *“fe en acción”* en las vidas de los santos del Antiguo Testamento. Parecidamente, Pablo, al rechazar la posibilidad de una *“justicia legal”*, insiste en que la verdadera justicia, como don de Dios, había sido manifestada *“en la Ley (Torah = Pentateuco) y en los Profetas”* (Ro 3:21), afirmando que la esencia de su doctrina se hallaba en la experiencia de Abraham, David y Habacuc, representando éstos, sin duda, a todos los fieles que Dios había bendecido en tiempos antiguos (Ro 1:17) (Ro 4:1-25) (Ga 3:6-18). El capítulo 4 de Romanos expone magistralmente el concepto de la fe en la vida de Abraham, quien no sólo *“creyó a Dios”* para que le fuese imputado la justicia, sino que llegó a la plena convicción de que Dios *“da vida a los muertos y llama las cosas que no son como las que son”*, convirtiendo la mayor imposibilidad en la base de sus propósitos (Ro 4:7).

Si es cierto, como hemos visto en estudios anteriores, que la gracia de Dios estaba siempre en operación, no pasando el régimen de la Ley de ser más que un paréntesis disciplinario, también ha de ser cierto que los santos que Dios bendecía eran hombres de fe, quienes se relacionaban con Dios, no por los esfuerzos legales y rituales, sino por su rendida confianza en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Desde luego, el hecho fundamental de su fe no obstaba para que manifestasen su sumisión por una pronta obediencia a la palabra del Señor.

Como siempre, hemos de recurrir a los Salmos para comprender las experiencias subjetivas de los santos del Antiguo Testamento, y todo lector de ellos sabe cómo abundan las expresiones de confianza en Dios, conocido por su Palabra y sus obras, a pesar de circunstancias difíciles y la oposición de los malos. David se deleitaba en el cuidado del Buen Pastor, en pensar en Dios como un *“refugio”*, *“fortaleza”* y *“escudo”*, donde hallaba protección y seguridad en medio de toda clase de males, fuesen temporales o espirituales. *“Confiar en Dios”* y *“esperar en Dios”* son expresiones que equivalen a la *“fe”* de entrega y de confianza que hemos visto en el Nuevo Testamento, de modo que no hemos de permitir que ideas superficiales sobre el régimen legal del Antiguo Testamento introduzcan confusiones sobre las normas fundamentales y permanentes que siempre han ordenado las relaciones entre Dios y el alma fiel, ya que es siempre Dios quien en gracia bendice al alma sumisa que confía en él (Sal 32:1-7) (Sal 34:18,22) (Sal 37:1-7) (Sal 40:4) (Sal 52:8) (Sal 57:1).

## La “fe” y la predicación del Evangelio

La fe no es *“una virtud teológica”* según la definición de los diccionarios, pues en sí no es meritoria y sólo puede existir cuando quien la ejerce ha confesado su propia falta de todo

mérito delante de Dios, viendo que la potencia salvadora se halla sólo en Cristo y su Obra.

La responsabilidad del predicador del Evangelio es la de señalar clarísimamente la obra de Dios en Cristo, recalcando el significado de la Cruz y la Resurrección. La fe ha de descansar en este firme fundamento, y no en otro, descartándose todo intento de lograr profesiones por apelar a los sentimientos humanos. Es cierto que *“el que cree en el Hijo tiene vida eterna”*, pero antes de asegurar a un alma que profesa creer, que en efecto *“tiene vida eterna”*, es necesario tener en cuenta la definición de la fe salvadora que hemos adelantado arriba, no para poner dificultades en el camino de almas sencillas, sino para evitar fáciles presunciones de parte de personas que están de acuerdo con todo, sin haberse sometido a Dios, rindiéndole su voluntad.

## La fe en la vida del creyente

*“Permanecen”* la fe, la esperanza y el amor como factores esenciales en la vida del creyente (**1 Co 13:13**), y tanto es así que *“todo lo que no es de fe, es pecado”* (**Ro 14:23**). La fe que nos salvó es también la fe que mantiene contacto con Dios, quien sólo es la *“dinamo”* de donde surgen todas las energías y fuerzas espirituales. La fe que descansa en Cristo para la salvación es, pues, la que también obra por medio del amor en el servicio cristiano (**Ga 5:6**). Por eso Pablo pudo recordar con gozo *“la obra de fe, el trabajo de amor y la paciencia de la esperanza”* de los tesalonicenses (**1 Ts 1:3**). Hemos notado algunas de las características de las *“obras espirituales”* arriba, y aquí sólo volvemos a insistir en que toda obra espiritual ha de ser necesariamente obra de fe, unida a la oración, que es nuestra comunicación con Dios. Cada hijo de Dios debe ser también *“obrero”*, según el ejemplo del Maestro, clamando a Dios para que El *“colme todo propósito de bondad y toda obra de fe con potencia”* (**2 Ts 1:11**).

## Temas para meditar y recapacitar

1. Muchas veces se dice que la gracia es “un favor inmerecido”. Admitiendo la verdad parcial de esta definición, discorra sobre la gracia divina en sentido más amplio, ilustrando su operación en a) el éxodo de Israel de Egipto; b) la conversión de Saulo de Tarso.
2. ¿Qué valor tienen las obras humanas que se efectúan sin el auxilio del Espíritu Santo? Clasifique algunas de ellas según los términos que hallamos en la Biblia y a la luz de lo que ha aprendido en la lección.
3. Discorra sobre la fe de los santos del Antiguo Testamento con referencia a Abraham, David (en los Salmos) y el capítulo 11 de Hebreos.
4. A la luz de los dos últimos estudios dé una contestación a las siguientes preguntas: a) ¿Se salvaron almas antes de la venida de Cristo y la obra de la Cruz? B) Caso de que había tales almas salvadas, ¿por cuáles medios fueron salvas?

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).